

Wedderburn, Alexander J.M., *Una historia de los primeros cristianos*, Sígueme, Salamanca, 2015. 349 pp., 21x14 cm.

Una necesidad académica impulsa la publicación de este libro. Dos razones fundamentales la sustentan: de un lado, el desfase de las obras ya publicadas sobre el cristianismo primitivo; de otro, la excesiva especialización, que deja huérfanos a los discentes que pretenden acercarse al tema al no disponer de un texto adecuado. Así lo expresa en el prefacio el autor

CARTHAGINENSIA, Vol. XXXIII, N° 64, 2017 – 519-565. ISSN: 0213-4381

del libro, Alexander Wedderburn, profesor de Nuevo Testamento en varias universidades de Inglaterra y Alemania, y miembro de la Iglesia Reformada. El prefacio se completa con la intención de la obra: mostrar las ideas y la historia de la primera comunidad cristiana de modo legible y de proporción manejable.

Estructurado en once capítulos y un epílogo, el libro arranca con una introducción que sitúa el nacimiento del movimiento cristiano a partir de la fe en que Dios había resucitado a Jesús de Nazaret. Dos fuentes relevantes son necesarias para intentar reconstruir la historia de los primeros cristianos: Hechos de los Apóstoles y las Cartas de Pablo. No obstante, hay que ser precavido en el manejo de estas fuentes, pues no son fiables en sentido histórico a partir de análisis comparados con otros textos de la época, como los de Josefo. La tarea primordial de la obra es ceñirse a áreas del cristianismo primitivo que contienen elementos para llevar a cabo una reconstrucción, evitando fabricar constructos históricos a partir de la nada (p.33). Conseguirlo supone presentar un cristianismo libre de la equívoca definición de “religión del libro”. De ahí el interés de la obra por la historia (Geschichte) y no tanto por la historia teológica. Es más, las ideas teológicas nacen de la historia y las acompañan. Entramos en arena con el capítulo “los comienzos”, en donde aparecen los primeros cristianos con los acontecimientos de la Pascua y con el impacto que produce en los discípulos ver a Jesús resucitado. Ellos lo creyeron y esto se convirtió en una verdad revolucionaria (p.37).

Resurrección y Pentecostés fueron los acontecimientos que instituyen la comunidad primitiva de Jerusalén, una comunidad caracterizada por dones y experiencias espirituales extáticas, una comunidad afín al judaísmo de la época (más plural y variado que el posterior), aunque recelosa de la autoridad judía, por cuanto había participado activamente en la muerte de Jesús. El siguiente capítulo está dedicado a Esteban y su grupo. Esteban, del grupo de los siete helenistas, es presentado como precursor de Pablo en relación al no cumplimiento de la Ley y la apertura hacia los gentiles. La relativización de la ley para acoger a los no judíos y su actitud respecto al Templo, condujeron a Esteban al martirio. Posteriormente, el grupo de los helenistas sería perseguido, a diferencia de los cristianos de índole hebrea, jalonados por los Apóstoles, quienes permanecerían en relativa paz. En este estadio inicial de cristianismo, la persecución tenía su razón de ser por la inclusión de gentiles en la diáspora judía, y no por la fe en Jesús de los perseguidos. A partir de estos hechos, tiene lugar una división en el seno del cristianismo primitivo entre helenistas y hebreos, marcada sobre todo por la cuestión lingüística y cultural, y no tanto por la doctrina o teología.

El cuarto capítulo, “la expansión del cristianismo”, nos muestra que la expansión ordenada y sistemática desde Jerusalén que relata Hch es irreal, pues con toda probabilidad se dio una dispersión informal e incontrolada de la fe cristiana. El desarrollo del cristianismo primitivo fue mucho más azaroso y aleatorio de lo que Lucas narra, y dependió de numerosos factores externos, como el comercio y las persecuciones (p.105). Samaria y Antioquía fueron los primeros puntos geográficos de la expansión, siendo este último lugar donde se acuña el término “cristiano”, de origen no judío, esto es, otorgado por los vecinos gentiles que consideraron a este grupo como una facción peculiar dentro de la comunidad judía. Llegamos al punto central de la obra con tres capítulos dedicados a Pablo. La vida y la obra de Pablo tienen un peso indiscutible en el estudio de los “primeros cristianos”. Sus escritos son un punto de referencia de lo que sabemos del inicio del cristianismo. Algunas afirmaciones arriesgadas desliza el autor acerca del apóstol Pablo. Su conversión, nos dice Wedderburn, fue fruto del convencimiento de que el camino de los perseguidos era la forma más adecuada de seguir a Dios, la versión más auténtica del judaísmo, de aquella fe en que se había criado. No fue el contenido de la visión, sino la convicción de aquellos a los que perseguía lo que contribuyó

al desarrollo de su pensamiento (p.143). Dos sucesos claves se suscitan en la obra de Pablo y, por ende, en la historia de la Iglesia primitiva: la Asamblea de Jerusalén (Gal 2, 11-14) y la disputa de la Iglesia de Antioquía. Tras ellos, Pablo romperá su relación con la Iglesia de Antioquía y sus relaciones con la comunidad jerosolimitana quedarán dañadas para siempre. Pablo, el misionero, fue uno de tantos dedicados a la tarea de predicar el evangelio, nos dice el autor (p.193). El alcance de su misión está mucho mejor atestiguado y fue el que mayor impacto tuvo en las generaciones venideras del cristianismo primitivo. Pablo fundará comunidades sí, pero serán las más heterogéneas de todas las asociaciones cristianas habidas en el mundo grecorromano. Las Cartas muestran en general una estructura comunitaria informal, por lo que sorprende encontrar al comienzo de algunas epístolas (Flp) saludos a diáconos (diakonoi) y supervisores (episkopoi). Estas referencias podrían ser añadidos posteriores o una manera de señalar a quienes ejercían determinadas funciones en la comunidad en virtud de sus recursos económicos, vitales para el sustento de la comunidad.

El capítulo octavo está dedicado al “cristianismo judaizante”, una forma anterior de judeocristianismo. Este cristianismo pone el acento en la fe y en la praxis, más que en las descendencia étnica. Lo representaban la Iglesia de Jerusalén y los adversarios de Pablo. Los cristianos judaizantes vivían como judíos y trataban de imponer su interpretación del evangelio a los demás cristianos (gentiles). La Iglesia de Jerusalén cumplía la ley con todo su rigor. La presión romana y el judaísmo oficial hicieron que la praxis de esta Iglesia se radicalizara. Había que mantener fidelidad a las tradiciones del judaísmo para sobrevivir. Pero la revuelta judía y ulterior saqueo de Jerusalén (70 d.C.) acabarán con la influencia de esta Iglesia, muy dañada además tras la muerte de Santiago, el hermano del Señor. Así las cosas, el centro de gravedad de la Iglesia primitiva se traslada a Roma. El influjo jerosolimitano desaparece y la impronta paulina prevalece. Los dos siguientes capítulos, “el cristianismo paulino después de Pablo” y “el cristianismo joánico”, plantean dos líneas de cristianismo distintas, aunque no divergentes del desarrollo del cristianismo postpaulino, expresados en los escritos deuteropaulinos (Col y Ef) y el evangelio de Jn y Ap, respectivamente. En el último capítulo, “la Iglesia en el Imperio romano”, nos encontramos ante importante literatura cristiana (año 100) que refleja diversas actitudes hacia el estado romano y la sociedad grecorromana. Se desarrollan estrategias distintas y dispares encaminadas a la supervivencia en un mundo dominado por el poder de Roma (p.304). El autor plantea el interrogante de si algunas de esas estrategias, caracterizadas por posiciones cautas e irénicas, no irían encaminadas ya a consolidar su posición en el Imperio y a preparar los siglos venideros. La obra se cierra con un epílogo en donde el autor indica la necesidad de estudiar (rastrear) con rigor la diversidad de modelos de cristianismo primitivo para dar respuestas convincentes en la actualidad a las inquietudes de aquellos que preguntan por el acontecimiento de Jesús de Nazaret.

Decía el racionalista Leibniz que si Dios ha querido este mundo es porque es el mejor de los mundos posibles. Tras la lectura de esta obra, cabe preguntarse si la historia de los primeros cristianos que conocemos es la mejor de las historias posibles. A partir de tantos cuestionamientos, cabe preguntarse también si la configuración del cristianismo primitivo fue la más adecuada o hubo otras concepciones más auténticas que sucumbieron ante factores externos. En este sentido, poco o ningún margen queda a la acción del Espíritu a partir del análisis exhaustivo que nos propone el autor, pues todo parece quedar en manos del azar o la contingencia humana. De ahí que la lectura de este libro no parezca muy apta para dogmáticos, aunque sí recomendable para espíritus deseosos de explorar una historia de los primeros cristianos.

A. Martínez Macanás